

SAINETE NUEVO

186

TITULADO

UN CONDE DE NUEVO CUÑO



MADRID

DESPACHO: HERNANDO, ARENAL, 11

PERSONAS

Don Juan.

Fermin.

Doña Matea, *tia de*

Leonor.

Un jefe de policia.]

Un criado que no habla.

El teatro representa una plaza: á la derecha la casa de Leonor, cuya sala está lujosamente amueblada.

Leonor con un papel en la mano, y Mattea con un libro de devocion y unos rosarios.

Leonor leyendo. Tuyo será, Leonor, hasta la muerte *Fermin*.

Mat. Este suele ser el fin de un escrito engañador.

Leo. Pero, dígame usted, tia; qué le ha hecho á usted mi amante, para que siempre constante hable de él mal noche y día?

Mat. No me conoces, sobrina; á *Fermin* no quiero mal.

Leo. Pues, entonces, decid ¿cuál... es el motivo?...

Mat. Adivina.

Leo. Cuanto más lo reflexiono...

Mat. Pues hija, en balde te apuras; desprecio á ciertas criaturas, pero á otras las abono.

El que quiera el alma mia á un joven y á otro no, la culpa no tengo yo, es cosa de simpatía.

Fermin es un buen muchacho; pero... ¿qué quieres? es pobre: se ve sin plata ni cobre, sólo por estar borracho.

Además, es jugador, calavera y pendenciero... quien no es noble y caballero, no puede sentir amor.

Hasta la misma belleza pierde todo su atractivo si está por algun motivo mezclada con la pobreza.

La pobreza no maldigo, pero debes comprender que el que es pobre, debe ser siempre del rico enemigo

Es una calamidad, por desgracia contagiosa, la pobreza ignominiosa para nuestra sociedad.

Me llamó tu tierno padre cuando estaba en la agonía, y me dijo: «Hermana mia, á Leonor sirve de madre.»

Llorando le prometí cumplir su noble deseo, y, Leonor, segun yo creo, hasta ahora lo cumplí.

Por esto debo mirar, bella Leonor, por tu suerte; y ya que haya de perderte, muy bien te quiero casar.

Sufriera yo mil trabajos, penas y remordimientos, si en mis últimos momentos te viera llena de andrajos.

Además, debes saber, no lo pongas en olvido, que segun vale el marido, vale tambien la mujer.

Déjate de suspirar, y el adagio ten presente que diz terminantemente: «Llanto te hará derramar quien bien te quiera;» elocuente y triste es esta verdad: mas tu llanto me entristece, pues veo tu pena crece y destruye tu beldad.

Conoces, bella Leonor, que debo yo ser tu madre por encargo de tu padre.

Leo. Vos no conocéis mi amor. Los consejos que me dais tal vez muy útiles son: mas mi tierno corazón con ellos atormentais.

Mat. Tu cerebro no está sano:
sola te quiero dejar.

Leo. ¡Ay! no le puedo olvidar.
¡Toca tan bien el piano!

Mat. ¡Y por ser un buen pianista,
por esto le has de querer!
Vamos, cálmate, mujer.
(No te perderé de vista.) *Vase.*

Leo. ¡Gracias á Dios! Sola estoy,
no habrá mejor ocasion;
á mi tierno corazon
analizar ahora voy.

En el solo encuentro amor
del uno al otro confín:
está escrito: mi Fermin
será el dueño de Leonor.

¿Qué me importa á mí el dinero?
¿qué me importa la belleza?
Muchas veces la pobreza
acompaña á un caballero.

Voy á escribir á mi amante
lo que siento en este instante:
y así mi cruel sufrimiento
recibirá algun calmante:

Lllaman á la puerta.

¿Quién llama en este momento?

Abre la puerta y aparece Fermin.

Fer. Adios, bella Leonor.

Leo. Adios, querido Fermin.

Fer. ¿Qué tal va, mi Serafin?

Leo. Muy bien, dueño de mi amor.

Fer. Ya sabes que el alma mia
te ama con fuerte pasion;
que es tuyo mi corazon.

Leo. ¡Si nos oyera mi tia!

Fer. Tu tia...

Leo. Quiere casarme
con un noble caballero.

Fer. Y tú, mi único lucero...

Leo. Sabré del lazo librarme.

Yo te juro por mi honor
que mientras dure mi vida,
seré siempre tu querida,
serás tú mi único amor.

Fermin. Yo te juro, vida mia,
que tuyo siempre seré,
y que á tí sólo amaré,
aun estando en miagonia.

Leo. Yo te juro eterno amor.

Fer. Yo, adorarte hasta mi fin.

Leo. Tuya soy siempre, Fermin.

Fer. Tuyo soy siempre, Leonor.

Dánse las manos, y sale Matea.

Mat. (colérica) Caballero, ¿así os portais
seduciendo á mi Leonor?
¿no veis que así nuestro honor
con esto nos rebajais?

Leonor se desmaya.

Salid al punto de aquí,
si no voy á llamar gente:
sois un necio, un insolente,
en mal hora os conocí.

No volvais nunca á pisar
estos honrados umbrales:
sólo los nobles leales
pueden aquí dentro estar.

*Vase Fermin: Matea hace reclinarse á
Leonor en un sofá, haciéndole oler varias
esencias, hasta que vuelve en sí.*

Leo. ¿Qué es esto que por mí pasa?

Mat. ¡Qué pasa, sobrina mia!

que Fermin con villanía
ha deshonrado esta casa.

¿Sabes lo que estaba haciendo
al momento que yo entré?

Pues bien, yo te lo diré:

las alhajas recogiendo.

Leo. ¡Tia, Fermin ser ladrón!

Mat. Ladrón de mala calaña...

sí, sí, el pérfido te engaña.

Leo. ¡Arracádme el corazon!

¡Ay! ¡que le haya yo amado

con tan loco frenesí!

¡Infame! ¡engañarme así!

Mat. Olvidemos lo pasado,
Buscarás un sustituto,
y noble será, confío.

Leo. ¡Ay! tía, el corazón mio
está vestido de luto.

*Llaman á la puerta: un criado va á abrir
y sale Don Juan.*

Mat. Muy bien venido, Don Juan.

Juan. Dios guarde á Vds., señoras.

Mat. (Mira, hija, si le enamoras...)

¿Qué tal los asuntos van?

Juan. Diz que cayó el ministerio.

Mat. ¿Y quién viene á gobernar?

Juan. El gobierno que va á entrar
es muy moral y muy serio.

Mat. Pero caer de esta manera,
sin meter ningun ruido...

Juan. A mí mucho me ha valido,
pues me dan una cartera.

Y si la bella Leonor
como esposo me admitiera,
con ella yo compartiera
la cartera con mi amor.

Con esto mi ambicion sácia
ayudando á mi impericia:

yo administrára justicia...

y vos... tendríais la gracia.

Leo. Esta oferta, caballero,
de noble orgullo me llena.

Juan. Leonor, ¿calmareis mi pena?

Mat. Señor conde, así lo espero.

Ya sabeis que las doncellas
todas tal proyecto admiten;
mas... las reglas no permiten
que os lo comuniquen ellas.

Yo os prometo, sin embargo,
lo pretendido alcanzar;
tambien os quiero ayudar:
tomo para mí el encargo.

*Saluda Don Juan y vase, quedándose en
la plaza.*

Juan. Todo marcha viento en popa;

todo muy bien se presenta:
otro pájaro de cuenta
cual yo no lo hay en Europa.

La suerte hácia mí galopa
con desordenado afán,
y aunque bien las cosas van
yo dormir muy poco quiero...
no me acueste caballero,
y despues despierte Juan.

Yo no sé por qué razon
sonriéndome la fortuna,
siento zozobra importuna
que me daña el corazón.
Tal vez sea esto aprension,
ó tal vez presentimiento:
siento que mi sufrimiento
aumenta de dia en dia,
huye de mí la alegría,
y no vivo ya contento.

Pero si logro enlazar
con Leonor mi triste suerte,
que venga luego la muerte,
ya no me podrá alcanzar:
con ella me he de escudar,
y despues que nos casemos,
á Inglaterra marcharemos:
siendo allí desconocidos,
nuestra vida divertidos
solos los dos pasaremos.

Mas si se sabe algun dia
que el ser conde y mi bolsillo
lo debo todo al cuchillo,
¿cual será la suerte mia?
Fuera esta melancolía,
que siendo como soy rico,
cerrarán todos el pico;
pues no hay cristiano ni moro
que por cien onzas en oro
no ponga el «yo certifico.» *Vase.*

Mat. Creo que estarás contenta
con tan bella proporcion;
porque llena tu ambicion,
que muchos quilates cuenta.

Por mi parte suministro,
todo lo que tengo en mí.
¿Quieres mejor suerte, dí?

¡Ser esposa de un ministro!....

Leo. Pero, yo, querida tia,
contenta no puedo estar:
no sé qué fuerte pesar
sintiendo está el alma mia.
Siempre á D. Juan le miré
como noble muy galante;
pero que fuese mi amante
yo jamás imaginé.

Todo un ministro señor
se presenta grave y serio...
hay aquí, tia, un misterio,
y no misterio de amor.

¿No veis su torvo mirar,
que denota algun secreto?

Mat. En esto yo no me meto;
con él te debes casar.

¿Y no saltas de contento
con esta futura boda?

Leo. Tia, si es que os acomoda,
quiero estar sólo un momento.

Vase Matea.

Leo. ¿Soy feliz? ¡Creo que no!
¿Y por qué solo lo creo?
¿por qué el próximo himeneo
con pena lo espero yo?

Mas ponte alerta, Leonor,
destierra de tí el esplin:

¡es tan hermoso Fermin!
¡siento por él tanto amor!

¿Pero Fermin es ladron?
¿es borracho, es calavera?
Contestar solo pudiera
mi amoroso corazon.

El me dice que mi tia
sólo pretende engañarme,
para que quiera casarme
con ese conde, á fé mia.

Mucho lo quiero pensar
antes de entregar mi mano;
parece el conde un milano;
sólo Fermin sabe amar.

*Sale un criado: le entrega una carta, la
que abre con precipitacion.*

«En un blando lecho echado,
teniendo cerca la muerte,
solo el miedo de perderte
me hace ser más desdichado.

»Pero soy afortunado
»cuando consulto á mi amor,
»quien me dice con calor,
»y fuerzas ello me inspira,
»que sólo por mí suspira
»mi simpática Leonor.

»Eres tú, Leonor, mi vida;
»eres mi única esperanza;
»alivio solo en tí alcanza
»mi alma, que está dolorida:
»óyeme, imagen querida:
»ven, celeste querubin:
»que aunque ve llegado el fin
»tu tierno y constante amante,
»solo siente en este instante
»no poder verte.—*Fermin.*»

*Siéntase Leonor frente á una mesa y
cribe á Fermin la siguiente epistola.*

«Fermin, si me amas así,
vuélveme pronto la calma;
tan sólo gozará mi alma
cuando estés cerca de mí.
Sabes es tuyo el amor
de la constante Leonor.»

Sale un criado y le da la epistola

Leo. No puede fingir así
quien estas líneas inspira:
no puede, no, ser mentira
el amor que siento en mí.

Te quiero, Fermin hermoso,
con todo mi corazon;
me manda la obligacion
el que seas tú mi esposo.

Sale D. Juan

Juan. Leonor, en vuestre semblante,
que está lleno de bondad,
veo mi felicidad.....
vuestro cariño anhelante.

Muy ardiente frenesí
por vos siento, Leonor:
¿me dará vuestro candor
el tan anhelado sí?

Leo. Conde, dejadme pensar
en vuestra proposición:
no tengo mi corazón
tan propenso á variar.

Bastante me conocéis;
y al expresarme yo así,
no os digo, ni nó, ni sí;
solo os digo que esperéis.

La esperanza es una flor
en cuyo hechicero ovario
el sér que no es temerario
encuentra gozo y olor.

Dejad, pues, esta flor sola,
cuidadla bien noche y día.
y os dará tierna alegría
su purpurina corola.

Mes si la manoseáis
sin cuidado y con usura,
¡pobre flor! ¡ay! su hermosura
sin remedio marchitáis.

Sale Fermin.

Fer. Señores, si dais permiso...

Leo. Fermin: seguid adelante,

Juan. (Este será algún farsante.)

Leo. (Disimular es preciso.)

Juan. ¿No podría yo saber,
Fermin, á qué habeis venido?

Leo. Muy pronto os vereis servido,
pues os voy á complacer.

*Leonor toma la mano á Fermin y le pre-
senta al conde.*

Señor conde, este que veis

en vuestra misma presencia,
merece mi preferencia;
quién es, conde, ya sabéis.

Juan. ¡Un hombre de mi talento
pospuesto á ese botarate!
Pues hasta que yo le mate,
no podré vivir contento.

Leo. Sois, conde, un espadachín;
batiros no os dejaré,
porque en el duelo yo sé
que morirá mi Fermin.

Debeis tener entendido,
que, aunque á él muerte le deis,
nunca jamás lograreis
que os llame yo mi marido.

Sale Matea.

Mat. Pero ¿qué es esto, Leonor?

Leo. No es nada, querida tía:
el conde matar quería
al objeto de mi amor.

Mat. ¿Y os presentáis otra vez
en esta casa, mendigo?

Leo. Tía, mirad lo que os digo;
me ofende vuestra altivez.

Vaya al infierno el blason,
vaya con Dios el dinero;
Fermin es un caballero,
tiene noble el corazón.

Mat. Pues, Leonor, luego verá
lo que va á pasar aquí:
Fermin se burló de mí.

Sale un jefe de policía.

Jefe. Señores, un paso atrás.

Mat. ¿Qué se ofrece, caballero?

Jefe. A este hombre vengo á prender.

Mat. ¡Al conde...! No puede ser.

Jefe. Señora, es un carnicero.

Leo. Mi repugnancia adivino;
No me engañó el corazón.

Jefe. Prestad todos atención:
este hombre es un asesino.

El jefe de policía coloca las esposas en las manos del fingido conde.

Fer. Don Juan, tengo en el poder amigos de corazón:
á vuestra disposición
los puedo todos poner.

Juan. Gracias por las atenciones que me teneis con esmero;
necesarias, caballero,
no son recomendaciones
para quien tiene dinero.

Vanse Juan y el jefe de policía.

Mat. ¡Ay Leonor! ¡quién creyera que un hombre tan bien vestido,
tan rico, como cumplido,
sólo un asesino fuera!

Ángel de mi devoción,
¿de quién me debo fiar?

Leo. Tía, no puede engañar jamás nuestro corazón.

Y... decidme, os opondreis que me case con Fermin?

Mat. Sea, pues también al fin lo que queráis lograreis.

Mas, dime, bella Leonor;
después de tan vil ultraje,

¿quién se fiará del traje?

Leo. Tan solo es noble el honor.

Fer. Miremos como un bromazo lo que acaba de pasar.

Mat. Di ¿me quieres perdonar?

Fer. Sí, tía, venga un abrazo.

Se abrazan.

Mat. Dejo costumbres añejas,
que me quitan la alegría,
pues las jóvenes de hoy día
saben aun más que las viejas.

Fer. Tía, escuchad á Leonor...

Mat. Lo que decir quiere infiero

Leo. Vos mirábais el dinero,
y yo... miraba el amor.
Cuando pienso que su puño
pudo tu vida acabar...

Fer. Procuremos olvidar al conde de nuevo cuño.

Hoy, tía, todo lo olvido.

Leo. Gracias, querido Fermín.

Fer. ¿Qué me importa esto, si al fin lograré ser tu marido.

Mat. Me hará siempre delirar el verme así chasqueada:
solo si oigo una palmada
el chasco podré olvidar.

